

Sesión 30ª, en jueves 23 de noviembre de 1967.

Especial.

(De 16.30 a 19.45).

*PRESIDENCIA DE LOS SEÑORES SALVADOR ALLENDE GOSSENS,
PRESIDENTE, Y SERGIO SEPULVEDA GARCÉS, PRESIDENTE
ACCIDENTAL.*

SECRETARIO, EL SEÑOR PELAGIO FIGUEROA TORO.

I N D I C E .

Versión taquigráfica.

	<u>Pág.</u>
I. ASISTENCIA	952
II. APERTURA DE LA SESION	952
Sucesos ocurridos con motivo del paro nacional	952

VERSION TAQUIGRAFICA.

I. ASISTENCIA.

Asistieron los señores:

—Aguirre D., Humberto	—Gómez, Jonás
—Allende, Salvador	—González M., Exequiel
—Ampuero, Raúl	—Gormaz, Raúl
—Aylwin, Patricio	—Jaramillo, Armando
—Bossay, Luis	—Juliet, Raúl
—Carrera, María Elena	—Musalem, José
—Contreras, Carlos	—Noemi, Alejandro
—Contreras, Víctor	—Pablo, Tomás
—Curti, Enrique	—Palma, Ignacio
—Chadwick, Tomás	—Rodríguez, Aniceto
—Enríquez, Humberto	—Sepúlveda, Sergio

Concurrió, además, el Ministro de Obras Públicas.

Actuó de Secretario, el señor Pelagio Figueroa Toro, y de Prosecretario, el señor Daniel Egas Matamala.

II. APERTURA DE LA SESION.

—Se abrió la sesión a las 16.30, en presencia de 15 señores Senadores.

El señor SEPULVEDA (Presidente accidental).—En el nombre de Dios, se abre la sesión.

SUCESOS PRODUCIDOS CON MOTIVO DEL PARO NACIONAL.

El señor SEPULVEDA (Presidente accidental).—Puede continuar en sus observaciones el Honorable señor Ampuero.

El señor AMPUERO.—Señor Presidente, lo que exponía al levantarse la reunión anterior justifica que el Senado suspenda esta sesión, se reúnan sus Comités y la Corporación asuma como tal una actitud responsable.

Deben saber los Senadores democratacristianos que esta sesión puede fracasar sin su voluntad. También, bastaría que los parlamentarios que no estamos con el Gobierno nos ausentáramos de este recin-

to para que no hubiera quórum de votación y, en consecuencia, no pudiera despacharse el proyecto para el que se nos ha convocado.

Además, me parece indispensable que termine el interinato en la Presidencia del Senado. Si está presente nuestro Presidente titular, debe reasumir el cargo para el cual fue elegido por mayoría de la Corporación, puesto que el Senado debe desempeñar un papel importante para impedir que siga adelante el atropello inaudito que está realizando en este momento la fuerza pública en las calles de Santiago bajo la inspiración superior del Presidente de la República.

Adherimos a la petición formulada, señor Presidente.

El señor AYLWIN.—Señor Presidente, las palabras que hemos oído a los Senadores del FRAP y del Partido Socialista Popular, con relación a los hechos ocurridos en el día de hoy, suscitan varias reflexiones.

Se denuncia en tono patético la existencia de muertos y heridos, la violencia desencadenada. Pero quienes hacen la denuncia, ¿se preguntan quién la ha desencadenado?

Esta mañana, la locomoción colectiva comenzó funcionando normalmente. Oí decir a un funcionario del Senado que iba hacia La Cisterna, en donde reside, en un microbús que hacía su servicio en forma normal —porque los trabajadores de ese ramo no alteraron su labor—, que al llegar a San Miguel, frente a la Municipalidad, controlada por los socialistas, vio allí camiones municipales atravesados, con las ruedas desinfladas, para impedir el paso de los vehículos; y había gente dedicada a disparar piedras y otros proyectiles a los vehículos para impedir que pasaran. Es natural que quien lanza piedras y provoca la violencia, corra el riesgo inherente a la violencia que él ha desencadenado.

Por las informaciones de que dispongo

—he estado hace poco en el Ministerio del Interior para inquirir datos—, los únicos incidentes que se registran han sido provocados por algunas personas desesperadas ante el hecho de que otras estaban trabajando, y a las cuales quisieron forzar a detener su labor.

Se habla de libertad; se habla de democracia, pero se provoca un paro absolutamente injustificado, con el objeto de paralizar mediante la presión todos los servicios esenciales del país e impedir que el Congreso Nacional discuta un proyecto de ley que el Gobierno ha anunciado que enviará. Cuando ello ocurra, todos los partidos políticos tendrán ocasión de expresar su opinión dentro del juego libre de la democracia, y de rechazar esa iniciativa si la encuentran mala.

¿Es democrático, se conforma al sistema constitucional chileno, el pretender evitar que el proyecto llegue a la discusión del Congreso, y presionar mediante el procedimiento de declarar un paro nacional destinado a paralizar al país e impedir que se discuta esa iniciativa?

Ante el fracaso de ese intento —por que es evidente, según todas las noticias que existen hasta el momento, que sólo 30% de los trabajadores del país han adherido al paro, y que la mayor parte de ellos han concurrido normalmente a sus ocupaciones—, se trata de recurrir a la violencia para forzar a los demás a paralizar sus labores. Y cuando ese empleo de la violencia acarrea sus naturales consecuencias, se rasgan vestiduras; se pide suspender el funcionamiento normal del Senado y se atribuye a los Gobiernos —de éste, como de los pasados— la responsabilidad de todas las muertes y lesiones que aquellos sucesos producen.

Creemos muy necesario, como decía el Honorable señor Allende, que cada cual asuma su responsabilidad y tome las medidas conducentes a evitar que el proceso de violencia siga adelante. Pero esa obligación pesa fundamentalmente sobre quienes han provocado el proceso de violencia

que se inicia con el anuncio de un paro ilegal y continúa con la materialización de un intento de paro nacional, que en el hecho tiene carácter político y subversivo.

El señor AMPUERO.—Acuérdese de Becerra.

El señor PABLO.—¿Qué tiene que ver Becerra con esto?

El señor AMPUERO.—No traicione a su camarada muerto.

El señor AYLWIN.—Y después se continúa con actos de esta especie para impedir, mediante la fuerza, que quienes están trabajando puedan seguir haciéndolo.

Por nuestra parte, no hay inconveniente en celebrar una reunión de Comités. Se nos amenaza con dejarnos sin quórum para debatir el proyecto. Bueno, pero no me parece que de esa reunión resulte nada positivo con relación a lo que está ocurriendo, salvo que el único propósito sea buscar una oportunidad de explotar estos hechos para sacar dividendos políticos.

Estimo que cada cual debe asumir sus responsabilidades. En este caso, yo responsabilizo a quienes han desencadenado este proceso fomentando un paro absolutamente injustificado, antidemocrático, inconstitucional, y provocando luego hechos de violencia en vista de que ese movimiento no logró los resultados que se pretendía obtener de él.

El señor JARAMILLO LYON.— En nombre de los Senadores nacionales, quiero expresar mi solidaridad con los Honrables colegas que en estos momentos están solicitando una reunión de Comités.

A mi juicio, estamos en un período de emergencia, en una situación de extrema gravedad, y sería, en mi opinión, inconsecuente de parte del Senado estar discutiendo artículos más, incisos menos, cuando todos los sectores políticos saben que hay muertos y heridos.

Hago plena fe en las expresiones de mis Honrables colegas del Frente de Acción Popular, y también en las del Honorable señor Pablo, quien afirmó hace un instante haber tenido informaciones según

las cuales un carabiniero ha sido degollado.

Esto me parece extraordinariamente grave y viene a configurar una situación de emergencia. Lo acaba de decir el Honorable señor Pablo, y no creo que Su Señoría sea persona que traiga al Senado rumores irresponsables. Si lo dijo, es porque algo debe haber de verdad.

Quiero hacer presente que no es con el propósito de obstruir el despacho del proyecto sobre juntas de vecinos que yo me sume a quienes estiman que esta sesión debe ser suspendida de inmediato. Prueba de que no es con fines de obstrucción el que queramos salir a la calle como mandatarios responsables del pueblo, lo constituye el hecho de que, si miramos a la bancada de la Democracia Cristiana, comprobaremos que, de doce señores Senadores que la integran, sólo hay cinco presentes. ¿Dónde están los demás? Como es lógico, en estos instantes deben de estar —asi me lo imagino— en el lugar que les corresponde.

De ahí que estime inconsecuencia de nuestra parte seguir en el Senado en circunstancias de que están ocurriendo sucesos de tan extraordinaria gravedad.

Termino solidarizando con quienes han pedido suspender esta sesión para reunir a los Comités a fin de realizar un análisis exhaustivo y tranquilo, con informaciones responsables, respecto de lo que está ocurriendo en nuestra patria.

El señor SEPULVEDA (Presidente accidental).—La Mesa suspenderá la sesión en el momento oportuno.

El señor ALLENDE.—Señor Presidente, he explicado a la Corporación —era mi obligación hacerlo— que, llegado ayer del extranjero, en la mañana de hoy me preocupé de tener la certeza de que, gracias a la deferencia del Honorable señor Sepúlveda, el trabajo del Senado se desarrolló en forma normal.

Pero frente a los acontecimientos que está viviendo Chile, fundamentalmente a las informaciones respecto de Santiago, he

venido de inmediato a la Corporación. No reclamé la residencia, porque deseaba usar de la palabra. Por lo tanto, la inquietud del Honorable señor Ampuero es injustificada. Asumiré la responsabilidad del cargo que la mayoría del Senado me entregó, responsabilidad que jamás me dejado de cumplir.

En seguida, quiero analizar el problema de fondo. El Honorable señor Ayllwin, entre otros, se ha referido a lo injusto de nuestra actitud y ha expresado que sería preciso preguntarse quien desata la violencia. Yo, que soy uno de los nombres que llevan más años en esta Corporación, puedo recordar no sólo los sucesos ocurridos en la población José María Caro, con motivo de los cuales el Senador de esa época Eduardo Frei habió con dramático acento de protesta. Puedo recordar también lo sucedido con un militante de la Democracia Cristiana y miembro de los trabajadores de la Salud, muerto precisamente por tener una actitud solidaria con sus compañeros de labores y reclamar un salario justo.

Más aun, recuerdo que, siendo el señor Eduardo Frei Montalva Ministro de Obras Públicas del Gobierno del señor Dunalde, se realizó un acto público en la Plaza Buines, y como consecuencia de ello, por desgracia, hubo muertos y heridos. El Ministro mencionado renunció a su cargo al día siguiente, por no solidarizar con la acción del Gobierno. Esta actitud motivó una carta del señor Dunalde protestando por ese hecho, pues él también alegaba desconocimiento de las medidas adoptadas y les atribuía responsabilidad exclusivamente policial.

Con lo anterior estoy señalando que nunca antes se preguntó, por parte de los demócratacristianos, quién desata la violencia. Nosotros, como socialistas, sabemos perfectamente bien que la violencia de un régimen, de un Gobierno, de un Estado, es la consecuencia de un sistema. Por lo tanto, no sólo ahora, sino siempre, hemos manifestado que quienes viven de un suel-

do o salario, frente a una política implacable que los sume en el hambre, tienen derechos que van más allá de las disposiciones legales. Así lo oí decir también en este recinto al Senador Frei: "No me interesa" —expresó una vez— "que las huelgas sean legales o ilegales; me importa saber que hay chilenos que tienen hambre y que están sufriendo la represión policial".

A mí no me inquieta —asumo la responsabilidad de ello, como siempre la ha asumido mi partido— que se nos califique de agitadores. ¡Sí! Entre la pasividad de un Gobierno capaz de masacrar a los trabajadores en El Salvador por tener una actitud solidaria, y una huelga legítima de asalariados que padecen hambre, estamos con éstos y asumimos nuestra responsabilidad.

Por eso, no queremos seguir legislando en forma fría e implacable. Deseamos reunirnos para asumir la responsabilidad que tenemos derecho a reclamar del Senado y decir al Gobierno que la culpa es suya, de su política, de las medidas que está adoptando, al margen de una realidad social que significa hambre y miseria para miles de trabajadores chilenos.

En consecuencia, advertimos al Senado que es conveniente adoptar esta actitud. Y si no lo quieren los democratacristianos, nosotros nos retiraremos de la Sala para no dar número, a fin de que podamos asumir la responsabilidad que nos corresponde frente a un drama social incoado por la actitud demagógica e irresponsable del Gobierno del señor Frei.

El señor GONZALEZ MADARIAGA.— Señor Presidente, quiero situarme en la realidad de lo que ha vivido el Senado en la mañana de hoy y de lo que vive el país a raíz de los hechos acaecidos, que son de dominio público.

Los Senadores socialistas no estuvieron presentes en la sesión de esta mañana, de manera que no saben que los representantes de estas bancas decidimos retirarnos de la Sala como consecuencia del procedimiento adoptado para despachar el pro-

yecto sobre juntas de vecinos. Esta iniciativa legal debe sujetarse, para su tramitación, al análisis del informe de la Comisión respectiva, de acuerdo con las disposiciones estatutarias, y no tener como base de estudio la iniciativa originada en la Cámara de Diputados.

Si se deseaba renovar alguna de las indicaciones, el Reglamento franquea la posibilidad para hacerlo con las firmas pertinentes. En virtud de eso —repito— nos retiramos de la Sala, y ésta no pudo continuar trabajando.

Al comenzar esta sesión, hice presente a la Mesa la conveniencia de celebrar una reunión de Comités para buscar una salida a este proceso, porque no es posible que el Senado permanezca indefinidamente en esta situación, que consideramos irregular.

Ahora bien, después de lo oído por la Sala, que resulta bastante fuerte, inconveniente, a todas luces criticable, no podemos seguir despachando un proyecto carente de urgencia y que incluso todavía provoca inquietud en el ánimo de los señores Senadores que se interesan en sus disposiciones. A mi juicio, lo procedente es retirar de inmediato la urgencia, a fin de que la Corporación pueda ocuparse en algunos otros asuntos de mayor importancia para el país.

En cuanto al segundo aspecto, parto del principio —no podría alejarme de él— de que al Gobierno corresponde mantener el orden público. Pero a aquél debo advertir que, para mantener el orden público, es preciso contar con la confianza de la ciudadanía; debe ser honesto en la expresión de sus ideas y en las actitudes que adopta.

Se ha producido un movimiento de opinión para expresar el descontento de la ciudadanía frente al reajuste que se propone. Aquélla tiene derecho a manifestar ese sentimiento. Pero resulta que el Ejecutivo ha dado un carácter beligerante a esa actitud. Así, las informaciones del Gobierno, del señor Ministro del Interior, y

de algunas autoridades que han tomado el mando para la mantención del orden público, han estado diciendo: "En las ciudades no ha habido inquietud. Todo está conforme". Claro —como decía una información de La Serena— que la ciudad tiene las características de un día domingo: todo está paralizado. Por otra parte, se expresa que no ha habido perturbaciones serias, sino interrupciones pequeñas, accidentales, sin importancia.

En seguida, me parece que no es papel del Gobierno hacer aparecer este movimiento como un atentado contra la autoridad que debe reprimirse con la violencia. Por el contrario, debe dejar que la ciudadanía exprese lo que siente. Mientras no exista atentado contra la propiedad, no veo por qué la autoridad ha de salir a la calle, como lo ha hecho cerca del Congreso, adoptando actitudes violentas contra la ciudadanía. ¡Si la violencia engendra la violencia!

No me referiré a las declaraciones que hemos escuchado en esta Sala a los personeros que actualmente son Gobierno y que, cuando eran Oposición, se expresaban con suma acritud, en algunas oportunidades, para referirse a los actos administrativos.

Creo que no ha estado feliz el Ejecutivo en la conducción del orden público. Y en esto tenemos que participar de la inquietud expresada por los diversos Comités.

Por eso, como dijimos denantes, consideramos que debe ser retirada la urgencia del proyecto y que lo procedente es reunir los Comités para adoptar un acuerdo que satisfaga el interés nacional, que es lo que a todos nos preocupa en estos momentos.

El señor PABLO.—Señor Presidente, quiero iniciar mi intervención haciendo referencia a las palabras del Honorable señor González Madariaga en cuanto a la forma de tramitar este proyecto.

Para todos los señores Senadores que han estado presentes, para la Mesa, para

el Secretario de la Corporación, que interpreta nuestro Reglamento, no existe duda acerca de que lo estamos aplicando correctamente.

A mi juicio, si el Comité Radical hubiera estimado en algún momento que la Mesa estaba procediendo torcidamente, habría seguido el camino de la censura, pero no lo ha hecho. Que no les guste el resultado de la votación, es problema distinto; pero no hay duda de que el proyecto ha sido sometido a la consideración del Senado de acuerdo con lo que indican los preceptos reglamentarios.

En seguida, quiero expresar que comparto la observación del Honorable señor González Madariaga en el sentido de que la violencia engendra la violencia; pero no creo que sólo la violencia contra la propiedad puede justificar la represión. Más caras que la propiedad son para mí las vidas. Por eso, sostengo honradamente, que es mucho más legítimo usar la represión cuando se atenta contra las vidas de determinados ciudadanos, que cuando se desata la violencia contra la propiedad.

Señor Presidente, somos Gobierno; tenemos la tremenda responsabilidad de serlo. Ser Gobierno significa mantener el orden, y éste, como es evidente, exige el empleo de la violencia cuando se ha levantado en su contra la violencia desatada por minorías irresponsables. Ni nosotros ni las Fuerzas Armadas hemos provocado la violencia.

Hace un instante conversé con el señor Ministro del Interior, a fin de conocer las consecuencias de los incidentes de hoy. Hay dos muertos...

El señor ALLENDE.—¡Pocos...!

El señor PABLO.—...a causa de que una poblada asaltó a pedradas un microbús donde viajaban personas inocentes. Se dice también que un furgón de Carabineros habría sido repelido en igual forma.

El señor AMPUERO.—¿Y el carabineiro degollado?

El señor PABLO.—Expresé que eran rumores, así como los relativos al Insti-

tuto Pedagógico y a las personas que habrían ido a solicitar atención a la Asistencia Pública. Pero dije que no bastan rumores, sino de hechos comprobados, y que el Senado no puede detenerse a actuar exclusivamente sobre la base de rumores, ya se trate de un carabinero degollado o de la posible muerte de seis o siete personas, según se ha dicho aquí.

El señor ALLENDE.—Los muertos son sólo dos.

El señor CHADWICK.—¿Le parece poco dos muertos, Honorable señor Pablo?

El señor PABLO.—Por lo demás, en todos los países donde hay gobierno, sean socialistas, capitalistas o demócratacristianos, desarrollados o subdesarrollados, cuando alguien se alza contra el régimen establecido, éste usa las herramientas que tiene para imponer el orden.

Sin tener intención de referirme a país determinado, citemos, por ejemplo, lo sucedido en Hungría.

El señor ALLENDE.—En el Gobierno de Pedro Aguirre Cerda no hubo un solo muerto, pese a que se produjo una sublevación militar.

El señor PABLO.—Se produjo en ese país una sublevación de determinado carácter. No deseo referirme a la intervención de una potencia extranjera para sofocarla.

El señor ALLENDE.—¿Qué tenemos que ver con ese problema! ¡Estamos hablando de Chile!

El señor PABLO.—En los países de donde viene el Honorable señor Allende, en Cuba o en Rusia, a estos acontecimientos no se da publicidad en los diarios. Allí, lisa y llanamente, se procede.

No nos pidan, pues, que seamos Gobierno en la forma como ellos no están dispuestos a serlo.

El señor ALLENDE.—Estamos invocando las palabras del señor Frei.

El señor PABLO.—Los mismos sectores que desencadenan afuera la violencia contra el Gobierno son los que rasgan vestiduras posteriormente. Aquellos guerri-

lleros en potencia que están en el Senado y que estimulan la violencia saben que ésta será contestada de la misma manera; pero que asuman su responsabilidad.

Por último, tengo respeto por Fidel Castro, que en un momento dado si desató la violencia y arriesgó vidas ajenas, supo también poner en juego la suya. ¡Pero no los tengo por guerrilleros que aquí en el Senado pontifican en favor de la violencia, pero cuando llega el momento de recibir, de estar a las duras y a las maduras, rasgan vestiduras por hechos que hacen que otros afronten en la calle mientras ellos están cómodamente dando lecciones!

El señor ALLENDE.—Pido la palabra.

La señora CARRERA.—Pido la palabra.

El señor SEPULVEDA (Presidente accidental).—Tiene la palabra el Honorable señor Allende.

El señor ALLENDE.—Señor Presidente, siempre he creído que en los debates del Senado, sobre todo en los de este tipo, hay un respeto mínimo por los hechos y por la posición de los Senadores que intervenimos para exponer nuestros puntos de vista. No se deduce eso de las palabras del Honorable señor Pablo.

No creo que para justificar lo injustificable se pueda recurrir a afirmaciones que, además de grotescas, no tienen ningún fundamento.

¡No necesitamos lecciones!

El señor PABLO.—¡Nosotros tampoco!

El señor ALLENDE.—¡Las dan la vida y los hechos!

El señor AMPUERO.—¡Aquí no estamos dando lecciones. Estamos reclamando, y no contra lo ocurrido en Hungría!

El señor ALLENDE.—Estamos recordando lo sucedido en este país y las palabras de voceros de la Democracia Cristiana. No hemos inventado nada.

He dicho lo que recuerdo, pues estuve presente en las tres oportunidades en que el Honorable señor Frei, brillante Senador de la Democracia Cristiana y hombre se-

reno para argumentar, rompió legítimamente esa serenidad para acusar a los Gobiernos que usaban la violencia. Y, por cierto, argumentaba que frente a un drama social no cabía otra cosa que una respuesta también social, cuando están de por medio el derecho a la vida, el hambre, la miseria, la explotación, el desconocimiento permanente de lo que es la existencia de la inmensa mayoría de nuestros compatriotas, y acusaba a los Gobiernos implacablemente, duramente, y renunciaba a su cargo de Ministro de Estado, porque no quería hacerse solidario de un hecho.

Hoy, el Senador de ayer es Presidente de la República, y sus compañeros del Parlamento, en lugar de recordar sus palabras y tener una actitud mesurada, de acuerdo con sus ideas revolucionarias, están aquí para explicar lo inexplicable. Y como carecen de argumentos serios para pretender decir que no tenemos autoridad moral, expresa el Honorable señor Pablo que somos instigadores de la violencia, que nos escudamos en nuestra actitud y detrás de nuestra representación popular.

Con más experiencia, puedo manifestar al Honorable señor Pablo que aquí no hay cobardes con careta de valientes. Hemos asumido siempre la responsabilidad de nuestros actos, desde hace muchos años, y sabemos lo que es la cárcel y la relegación. ¡Sí, Honorable señor Pablo, la cárcel y la relegación, desde estudiantes universitarios hasta dirigentes del movimiento popular chileno!

No pueden darnos consejos ni reprocharnos nuestra actitud, porque nuestra vida está jalonada por la consecuencia política, y esta consecuencia política me permite, Presidente del Senado, ocupar esta banca y afirmar que éste es un atropello más y que la violencia desatada por el Gobierno demócratacristiano es la expresión de su incapacidad de gobernante, de su cobardía moral frente al país.

¡Sí, señores Senadores! No somos instigadores de la violencia por la violencia.

Somos hombres lo suficientemente serios para tener medios de interpretar la historia y sabemos perfectamente que la violencia popular es la respuesta a la violencia reaccionaria y que el Estado, expresión de una minoría social en el sistema capitalista, usa métodos de fuerza precisamente para oprimir a las mayorías nacionales. Por lo tanto, nuestra actitud no es de ahora y será de siempre.

Hemos expresado con una honestidad increíble que no somos instigadores de las guerrillas. El día que en este país se vayan cerrando cada vez más —y lamentablemente se van cerrando— los cauces legales; el día en que no haya otro camino, otro recurso, no estaremos aquí, Honorable señor Pablo: estaremos frente al pueblo, como siempre hemos estado, diciéndole que no queda otra vía que la violencia. Mientras tanto, recorreremos los caminos que aparentemente están abiertos para nosotros.

La farsa demócratacristiana de ayer, cuando eran candidatos y eran opositores, se ha concretado extraordinariamente ahora que son Gobierno. Sabemos muy bien cómo nos cierran los medios de información, cómo usan el dinero corruptor, la amenaza, la presión, la insolencia, el terror psicológico como medio para conquistar victorias que se transforman en derrota moral de un Gobierno descalificado en su propio partido.

¡Por eso estamos aquí! ¡No para exhibir lecciones de oportunismo, sino para decir que asumimos plenamente la responsabilidad de nuestra actitud! ¡Y yo, Presidente del Senado, estoy aquí, en la arena del debate político, para decir a los Senadores de la Democracia Cristiana que el cargo que tengo en representación de la mayoría, lo tendré mientras esta Alta Corporación represente al pueblo y sea una tribuna para defender los derechos y la existencia de nuestros compatriotas! ¡No me interesaría seguir siendo Presidente de un Senado castrado moralmente, in-

capaz siquiera de levantar su voz de protesta frente a un Gobierno que asesina chilenos!

El señor AYLWIN.—Pido la palabra.

El señor SEPULVEDA (Presidente accidental).—Tiene la palabra la Honorable señora Carrera.

La señora CARRERA.—Señor Presidente, cuando llegué a este Honorable Senado, meses atrás, alguno de mis amigos me dijo: "Tenga cuidado cuando en una discusión alguno de los Senadores quiera sacar la pelota fuera de la cancha". Eso es lo que, según mi parecer, ha hecho en este momento el Honorable señor Pablo.

Frente a hechos concretos, frente a muertes de chilenos, frente a niños de 13, 14 y 16 años heridos y amputados por balas de carabineros, el señor Senador nos habla de Hungría, de Fidel Castro, de política internacional.

Con el mismo derecho, yo podría decir al Honorable señor Pablo: "Usted recibe instrucciones de Wall Street y del Pentágono y está haciendo lo mismo que hacen con los negros en Nueva York". No se lo diré, porque no lo creo. Pienso que la política de la Democracia Cristiana en este momento es perfectamente autóctona y constituye el resultado de lo que ellos en realidad sienten. En el fondo, la Democracia Cristiana tiene una vocación hacia el fascismo que muchos sectores de la política chilena ya han notado.

La circunstancia de que haya muertos y niños heridos, señala que las fuerzas represivas que maneja el Gobierno demócratacristiano estaban instruidas para lanzar balas al voleo, para ametrallar al pueblo.

Esa no es una política consecuente con lo que se habla. Sabemos muy bien que como propaganda, para el exterior, incluso frente a países que están más allá de nuestras fronteras, se muestra este Gobierno como intentando hacer una política distinta. Pero cuando llega la protesta del pueblo por algo completamente justificado, por algo que moralmente nadie

puede criticar, entonces, cuando están en bancarrota total por sus malos manejos, porque no han sabido dirigir la economía del país, sacan balas y ametralladoras para matar al pueblo. Eso tiene un nombre en todas partes, señores Senadores: es fascismo.

Ahora no se puede decir que se haya podido levantar al pueblo por agitación política, porque los personeros del FRAP o las fuerzas de Oposición hayamos lanzado a nuestros agitadores profesionales entrenados en "equis" lugar. Es muy difícil, señores Senadores. No es posible realizar movimientos de esta naturaleza por agitación política; no se puede con argumentos de cualquier especie, si el ser humano no tiene un sentimiento de rebeldía verdaderamente auténtico, lanzar a la gente a exponer su vida en las calles.

Si esto ha llegado a ocurrir, es porque la desesperación del pueblo chileno es muy grande; porque, frente a la política económica del Gobierno, no encuentra una salida, un respaldo; porque ve que su único camino es lanzar una protesta nacional.

En este momento, los demócratacristianos sólo deberían explicar, lamentar, rasgar sus vestiduras —ellos, no nosotros— y decirnos que investigarán por qué ha muerto esta gente, por qué se ha ametrallado al pueblo. Eso debería expresar la Democracia Cristiana, en lugar de venir con las monsergas que se han oído en el Senado durante tantos años. Quiere decir, entonces, que nadá ha cambiado en este país; que aquellos cambios de que se hablaba eran meras palabras, y que este Gobierno reformista irá rebajándose cada vez más, hasta llegar a ser un Gobierno de fuerza, una dictadura.

Creo que los Senadores demócratacristianos deberían explicarnos todo esto y, como ya lo he manifestado, rasgar sus vestiduras para decirnos que investigarán, que solucionarán estos problemas y que acudirán en masa ante el Gobierno a expresar que el pueblo chileno no puede aceptar estas cosas.

El señor AYLWIN.—Señor Presidente, el Honorable señor Allende habla del respeto por los hechos y de cobardía moral. Respeto por los hechos. Sí, señores: Por ahí debemos empezar.

Todos lamentamos que haya muertos. Todos estamos prontos a que se investigue y se establezca la verdad,...

El señor AMPUERO.—Como en El Salvador.

El señor AYLWIN.—...pero no se investigará ni establecerá la verdad por que el Senado deje de atender sus tareas, celebre una reunión de Comités y suspenda su trabajo.

Respeto por los hechos.

El señor CHADWICK.—Pido la palabra.

El señor AYLWIN.—Yo he señalado un hecho concreto. Dije que esta mañana la locomoción, que determina la respuesta natural de un paro general, funcionaba normalmente. Y es sabido que cuando se decreta un paro general y la movilización funciona, el paro no resulta, porque todos los que desean trabajar tienen cómo llegar a sus labores. Entonces, el trabajo se realiza en forma normal, con las solas ausencias de los que verdaderamente adhieren al paro y de los que tienen miedo.

Pues bien, esta mañana —y ése es un hecho real— la movilización funcionaba en Santiago. Uno se movilizaba en trolebuses —aunque hay pocos,— en buses y, sobre todo, en los vehículos de la locomoción particular, que atendió plenamente sus servicios. El comercio del centro estaba todo abierto y las oficinas atendían como de costumbre. Entonces, quienes se vieron frustrados en el propósito de obtener pleno éxito en este paro total, estimaron que debían impedir que la locomoción funcionara.

Yo he señalado un hecho concreto. Y si se quiere respeto por los hechos, debemos partir del que he dado a conocer. La violencia se ha desencadenado por quienes, desesperados ante el hecho de que el paro

no era total y estaba fracasando, han pretendido detener la locomoción colectiva asaltando sus vehículos, en los que viajaban personas inocentes, mujeres y niños, que han sufrido las naturales consecuencias.

Denuncié concretamente el hecho que se produjo en San Miguel frente a la Municipalidad, en un lugar que se ha llamado el "reducto" de un sector que todo el país conoce, que se caracteriza por los arrebatos de violencia.

Pero hay algo más.

El Honorable señor Allende nos dice: "¡Ah! Es que en otras oportunidades los demócratacristianos levantaron su voz contra la violencia de los Gobiernos. ¿Por qué no lo hacen ahora? ¿Por qué cambian de actitud?"

Con esta frase, el Honorable señor Allende revela todo el juego, claro y ostensible, de los extremistas del FRAP, en especial del Partido Socialista, que desde hace algún tiempo vienen manifestando su desconfianza en la posibilidad de conquistar el poder en Chile democráticamente, es decir, por la persuasión y la razón y el apoyo de las mayorías nacionales. En su propaganda vienen señalando como ejemplo el camino de la violencia. Desde hace tiempo, en una campaña sostenida y reiterada, cada vez más acentuada, se viene diciendo a los sectores proletarios chilenos que aquí no queda más que la violencia".

Fruto de esa propaganda, de la cual uno podría señalar múltiples casos, entre otros el discurso o conferencia del Senador Altamirano en Concepción,...

El señor ALLENDE.—¡Falso!

El señor AYLWIN.—...en que se señaló como ejemplo...

El señor PABLO.—La declaración de la semana pasada.

El señor ALLENDE.—¡Falso!

El señor AYLWIN.—...para América Latina el camino de la violencia; fruto de toda esa propaganda, de toda esa convicción que se ha ido inculcando en algunas

personas con las cuales los ideólogos juegan, porque las lanzan en la aventura, son estos estallidos de violencia.

Y tiene razón el Honorable señor Pablo cuando señala que la cobardía moral no es del Gobierno, que cumple su deber constitucional de asegurar la observancia de las leyes y mantener el orden público, sino de los que durante largo tiempo han venido incitando al pueblo a la violencia. Y en el momento en que algunos sectores reducidos de ese pueblo, minúsculos, provocan esta violencia, ellos sólo persiguen explotar esa situación en perjuicio del Gobierno que reacciona contra la violencia.

Aquí se habla de una reacción general de los trabajadores chilenos; pero en las calles de Santiago no hemos visto al pueblo de Chile, a las grandes masas de proletarios de la capital. Basta recorrer las calles. Son pequeños grupos, fundamentalmente de muchachos —jóvenes que han sido engatuzados con la consigna de la violencia—, los que se lanzan a cometer desmanes de los cuales resultan víctimas algunos de ellos y hacen a muchos otros víctimas inocentes. Esos pocos son los que crean ese clima; y el deber del Gobierno es asegurar el respeto de las libertades y derechos de todos. Asegurar la libertad de los que querían trabajar, y están haciéndolo; la libertad y derechos de los que querían movilización, y están movilizándose, todo lo cual se pretende impedir por aquella ínfima minoría que ha sido instada a cometer este tipo de actos.

Pero hay algo más: el Honorable señor Allende habló de una actuación del Gobierno, el que no trepidaría en medios y que incluso estaría recurriendo al cierre de todas las fuentes de información. La verdad es que en el país existe plena libertad: cada cual dice lo que quiere; todos los diarios se publican; las radios transmiten libremente sus informaciones; cada uno usa plenamente las libertades. En consecuencia, mal podría acusarse al Gobierno de estar conculcando las libertades

públicas. Ello, desde ningún punto de vista.

La Honorable señora Carrera habla de fascismo.

¡Entendámonos! Es una vieja treta hablar del fascismo. Aquí hay gentes que tienen espíritu totalitario y se caracterizan por ello; que en un tiempo usaron camisas pardas o rojas y emplearon brigadas de asalto, y que, a veces, a lo largo de la historia, han tratado cada cierto tiempo de reeditarlas en Chile.

El señor ALLENDE.—¿Se refiere a “El Mercurio”?

El señor AYLWIN.—Eso es fascismo. Eso es totalitarismo: pretender imponerse por la violencia y la fuerza, y apartarse de las conductas normales de la democracia.

Repito lo que decía denantes: este paro es una manifestación de totalitarismo, porque sin haber comenzado todavía el proceso democrático de la discusión de un proyecto de ley, se pretende impedirlo mediante ese paro.

El Honorable señor Allende agregaba que éste es una reacción del pueblo, que ve cerradas todas las posibilidades por la miseria, por una política que cada día lo perjudica más y lo sume en la desesperación. Pero la verdad es que basta recorrer los campos, las poblaciones y los sectores proletarios de Chile para comprobar que en estos tres años no se ha producido esa situación. A la inversa, en ese lapso la suerte de los trabajadores chilenos ha mejorado de manera importante;...

El señor AMPUERO.—¿Eso es cinismo!

El señor AYLWIN.—...que las remuneraciones de los trabajadores han aumentado considerablemente con relación a otras etapas.

Comprendo que cuando todos los años anteriores se repetía una política de remuneraciones que limitaba los reajustes muy por debajo del alza experimentada por el costo de la vida,...

El señor AMPUERO.—Y a veces por encima.

El señor AYLWIN.—...lo que fue haciendo descender progresivamente la participación de los trabajadores en el ingreso nacional en favor de otros sectores, se produjera una reacción de desesperanza; pero en los últimos tres años, si uno compara la evolución del índice general de precios y el índice de sueldos y salarios, observa que estos últimos han subido en proporción muy superior a los primeros, y que los trabajadores chilenos, que hace cuatro años recibían en la distribución del ingreso nacional poco más de 46%, ahora están percibiendo 52%.

El señor CHADWICK.—Es absolutamente falso.

El señor AYLWIN.—Son hechos concretos.

El señor CHADWICK.—Son falsos, y Su Señoría lo sabe.

El señor AYLWIN.—No, señor Senador: tengo la convicción de que son ciertos.

Cuando he visitado las poblaciones y conversado con mis camaradas obreros y campesinos...

El señor AMPUERO.—No los insulte. ¡Cómo van a ser sus camaradas!

El señor AYLWIN.—...y cuando he visitado los campos chilenos...

El señor AMPUERO.—El único campo es el del Patio de Los Naranjos.

El señor AYLWIN.—No son sólo ustedes, los parlamentarios del FRAP, quienes tienen derecho a tener camaradas obreros y campesinos, porque en nuestras filas existen obreros y campesinos tanto o más que en los partidos del FRAP, y así lo demuestran los resultados de las urnas.

La señora CARRERA.—Están en huelga.

El señor AYLWIN.—He visto cómo han progresado en los últimos tres años, y cuando he conversado con ellos, reconocen que se ha producido un mejoramiento importante.

¿Cuánto ganaba en 1964 un campesino chileno? Muy pocos, más de 1.800 pesos, cantidad que incluía las regalías. ¿Cuánto

gana hoy día el campesino chileno? Los fallos arbitrales en las provincias que represento han fijado el salario en seis escudos, fuera de las regalías,...

El señor CHADWICK.—Cuatro escudos con setenta y dos centésimos, señor Senador.

El señor AYLWIN.—...con las que llega a diez escudos.

El señor CHADWICK.—¿Cuánto vale hoy el dólar?

El señor AYLWIN.—Son hechos reales. Castiguen Sus Señorías como quieran y deflacten como deseen la desvalorización monetaria, y de ningún modo se alcanza a compensar esta mayor alza. Y en términos reales, el promedio de las remuneraciones de los trabajadores en estos últimos tres años ha subido en más de 40%, y el de los campesinos chilenos, en 70%.

Esos son hechos concretos y ellos explican que el grueso de los trabajadores no se haya plegado a este paro. Y demuestran la desesperación de los que se han propuesto como consigna desencadenar un proceso de violencia. Están desesperados en vista de que el camino democrático que ha abierto el Gobierno de la Democracia Cristiana frustra sus esperanzas de llegar al poder.

El señor RODRIGUEZ.—Frente a las afirmaciones de los colegas de la Democracia Cristiana, en un inútil intento para justificar la brutal represión del movimiento obrero y estudiantil de estas horas, deseo abundar brevemente en otras ideas.

Se ha preguntado quién ha desatado la violencia. Y, por supuesto, en una postura fácil, los voceros de la Democracia Cristiana han querido hacerla recaer en el movimiento obrero organizado y, en última instancia, en los partidos que juegan un papel señero en la conducción del movimiento popular.

Pero la historia de Chile está llena de recuerdos que demuestran lo contrario y confirman lo que anotaba hace un momento el Honorable señor Allende: Siempre el pueblo, los sectores populares, sus

organizaciones más combativas han respondido con violencia a la violencia desatada por los grupos dominantes.

Indefensos estaban en el pasado los obreros masacrados en La Coruña y en San Gregorio; indefensos estaban los campesinos en Ranqui; indefensa la clase obrera en Punta Arenas cuando un Gobierno reaccionario cercó e inflamó con bencina el local y quemó a todos los obreros allí cercados por la represión popular; indefensos, Honorables señores Aylwin y Pablo, estaban los mineros de El Salvador cuando vuestro Gobierno desató la masacre, incluso contra mujeres. Ellos estaban refugiados en el local sindical, comiendo en la modesta olla común; armados sólo con su fe de combate y con su organización. Allí recibieron el piomo homicida de la mano dura de la Democracia Cristiana. Y nadie ha respondido por esas muertes. No hay un solo culpable, ya sea en las esferas civiles o militares. Pero, indudablemente, como se dijo hace tiempo, las huellas vienen de arriba, y la responsabilidad fundamental recae sobre el Jefe del Estado, sus Ministros y su partido.

No cabe duda alguna de que lo afirmado por la Honorable colega doctora María Elena Carrera es una verdad maciza. En el seno de la Democracia Cristiana, indudablemente, como hemos dicho más de una vez, conviven grupos de intereses divergentes. Junto a los pobladores marginales, —que los tienen, Honorable señor Aylwin—; junto al campesinado engañado—que los tienen, Honorable señor Aylwin—; y junto a una juventud romántica que en vano caminó como patria joven, el nudo vital de la dirección del partido y del Gobierno son, sin duda, sectores ajenos a estas tendencias sociales. Ellos imprimen el sello fundamental de la dirección política del Gobierno.

Y esto, Honorable señor Aylwin, no lo estamos diciendo nosotros. Lo dijo precisamente la propia juventud democratacristiana. En efecto, según informaciones de la prensa, la directiva interprovincial de

la Juventud Demócrata Cristiana de Santiago, O'Higgins y Colchagua, hizo llegar al Consejo Nacional del Partido Demócrata Cristiano los acuerdos recientemente adoptados.

Los jóvenes democratacristianos de estas tres provincias exigen al Consejo Nacional "que, consecuente con su declarada posición de rectificación partidaria, actúe con firmeza y sin concesiones para separar del Partido a los elementos derechistas infiltrados y comprometidos con el sistema y la oligarquía nacional y el imperialismo, cualquiera sea la importancia que la política burguesa les conceda. El Partido debe ser la barricada de lucha de los trabajadores y no la pantalla de los terratenientes, empresarios, directores de Bancos y Sociedades Anónimas. ¡Fuera del Partido los capitalistas y sus cómplices!", de los cuales parece haber muchos en el hemisferio de este Senado.

El señor PABLO.—¡Eso es una insidencia!

El señor AYLWIN.—¡Es una grosería!

El señor RODRIGUEZ.—Respecto de cada uno de los proyectos de interés popular, la bancada democratacristiana ha tenido actitudes discordantes con la actual dirección de su partido y con el pensamiento expresado por la Juventud Demócrata Cristiana.

El señor PABLO.—Eso es falso.

El señor RODRIGUEZ.—Son hechos ciertos, que Sus Señorías conocen y que les remueven el piso en su propia colectividad.

El señor PABLO.—En el partido de esas bancas remueven el piso a Sus Señorías.

El señor RODRIGUEZ.—Pues bien, señor Presidente. Se ha traído aquí a colación un pequeño ejemplo: el de la locomoción colectiva. El Honorable señor Aylwin ha relatado, en forma pintoresca, lo sucedido en San Miguel. Cierto es, y a orgullo lo tenemos, que esa comuna es una de las más batalladoras desde el punto de vista popular. Cierto es que en esa comuna los socialistas tenemos gran mayoría, y

cierto es, también, que nuestros camaradas de partido responden siempre con actitud de clase y de principios frente a estos problemas. Pero cuando vienen a lamentarse de que hubo locomoción en la mañana, y que fue paralizada por grupos de presión, debo responder que éstos tenían derecho moral de hacerlo, pues quienes continuaron trabajando en el transporte colectivo eran "krumiros" pagados por el Gobierno y por la Democracia Cristiana.

Eran elementos amarillos, que se habían atravesado en la decisión de los gremios del transporte urbano, y estaban sirviendo allí como "krumiros" despreciables. Por lo tanto, la resistencia popular para imponer este criterio es perfectamente correcta y moralmente justa.

En seguida, se ha hablado aquí del problema de la libertad absoluta en el ejercicio de derechos esenciales de las organizaciones populares, políticas o sindicales. Pero, en verdad, si desentrañamos el problema de fondo, nos encontraremos con diversos episodios que están probando fehacientemente cómo los caminos democráticos se han ido cerrando en gran medida, bajo la cortina de una burguesía formalista. Hace muy poco, el Gobierno, por una simple resolución ministerial, impidió los actos masivos de los trabajadores en las plazas públicas, y puso toda clase de trabas al derecho de los campesinos de Molina que marchaban a Santiago, para hacer presente su angustia y sus reclamos.

El señor AYLWIN.—¡Y llegaron a Santiago!

El señor RODRIGUEZ.—Llegaron precisamente a la comuna de San Miguel, que recordó Su Señoría, pero no pudieron atravesar masivamente el cordón policial impuesto por el Gobierno. En San Miguel fueron atendidos por sus compañeros, por los sindicatos y por los pobladores, en un acto de solidaridad de clase. Allí tal vez vendrían, también, algunos de los campesinos que en un mal momento fueron engañados por la Democracia Cristiana, y espe-

ran en vano la reforma agraria, que todavía no llega para ellos.

En seguida, ¿es acaso mentira o afirmación cierta que el señor William Thayer Arteaga, oscuro personaje del Gobierno,...

El señor PABLO.—¡Qué va a ser oscuro!

El señor RODRIGUEZ.—...odiado por los trabajadores...

El señor AYLWIN.—Eso es falso. Durante veinte años fue abogado de los trabajadores.

El señor RODRIGUEZ.—Claro que fue abogado de los gremios durante veinte años. Pero cuando defendía a los gremios, a los sindicatos del cobre y a los empleados bancarios, tenía una actitud muy distinta de la que tiene ahora como Ministro de Estado. Protestaba cuando se enervaban los derechos sindicales. Levantaba su voz y hacía escritos para condenar la represión; sacaba de la cárcel y de los calabozos a los detenidos sindicales. Pero ahora han cambiado los papeles. El es quien orienta fundamentalmente la represión del Gobierno, quien impulsa el desarme de la organización sindical, quien ha tratado en vano de producir la escisión del movimiento obrero mediante la política del paralelismo sindical. Y ahora, para tratar de apiastar la creciente resistencia popular, anuncia una ley de orden público para derogar el sagrado y democrático derecho estatuido por nuestra legislación positiva y los tratados internacionales: el derecho a huelga de los trabajadores. ¡Lo que va de ayer a hoy! Eso es, en esencia, el Ministro del Trabajo y Previsión Social, gran inspirador de la política reaccionaria de este Gobierno.

Los democratacristianos podrían hacer un censo entre los trabajadores, ya que son tan amigos de los plebiscitos, para ver cuál es el grado de simpatía que tiene el señor William Thayer Arteaga. Lo único que sé es que si los trabajadores pudieran hacerlo, hace mucho tiempo que habrían sacado

a puntapiés del Ministerio del Trabajo y Previsión Social a este pésimo funcionario.

Para qué hablar de los hilos, visibles o invisibles; de cómo este Gobierno ha ido montando un aparato para controlar todos los medios de difusión. Sólo ayer los diarios daban cuenta de que en el proyecto de ley de Presupuestos, el Gobierno gasta la bonita cifra de 200 millones de dólares para adquirir una maquinaria electrónica que le permitirá controlar todo el sistema noticioso de la totalidad de las radios del país. Algo tiene que ver eso con lo sucedido con la radio SAGO, de Osorno, que quisieron quitar a sus propietarios para dársela a un Diputado demócratacristiano, en un acto de bajeza inaudita. Debemos recordar cómo se apoderaron del monopolio publicitario de la empresa editora Zig-Zag, asociada a nuevos planes de la Democracia Cristiana y a altas jerarquías de la Iglesia e inversionistas norteamericanos. La prensa proletaria de Izquierda escasamente se reduce a dos publicaciones: "Las Noticias de Última Hora" y "El Siglo"; y paremos de contar. Y cada uno de estos diarios está sometido continuamente a procesos, o bajo la amenaza de numerosas disposiciones represivas. Solamente ayer se ha dicho que "Las Noticias de Última Hora", por el solo hecho de publicar objetivamente la nómina de las federaciones que iban a adherir al paro, fue sometido a proceso por este "Gobierno de la libertad y de las garantías democráticas".

Por eso, señor Presidente y señores Senadores demócratacristianos, es cierto lo que recordaba el Honorable señor Aylwin.

Hemos estado machacando en el ámbito popular para hacer comprender a los trabajadores que deben transformar su conciencia de clase en conciencia revolucionaria; que los caminos de una falsa democracia se van cerrando cada día más en este país y que llegará el día en que el gran enfrentamiento histórico tendrá que producirse. Para eso, indudablemente, nos estamos preparando política e ideológicamente. Y esto no es pecado ni delito, como

lo supusieron el Gobierno y la Corte Suprema de Justicia durante el desarrollo del proceso contra el Honorable señor Carlos Aitmirano.

Cada episodio de la actividad política de este Gobierno está expresando su propósito de quedarse en el Poder de una u otra forma, de disfrazar sus errores, de ocultar su reconocida incompetencia y su sumisión a los dictados del imperialismo. Todas estas patrañas, en parte importantes, hemos pretendido destruirlas los socialistas, los sectores de Izquierda, los del Frente de Acción Popular.

Por eso hemos levantado nuestra voz de protesta esta tarde, aunque tenemos naturales preocupaciones por el cumplimiento regular de nuestras obligaciones políticas, ante el próximo Congreso de nuestro partido. Nos hemos dado los minutos necesarios para venir a expresar nuestra protesta y remover la conciencia del Senado, para hacer ver que es injustificado estar legislando aquí, tranquila y poltronamente, mientras corren la sangre y la muerte por las calles de Santiago. Si los Senadores demócratacristianos no comprenden la gravedad de la hora y quieren permanecer sentados donde están, en una minoría de cuatro Senadores presentes de los doce que representan a su partido, que se queden ahí sumidos en su vergüenza y en su cinismo. En cuanto a nosotros, cualquiera que sea la decisión de la Mesa, anunciamos nuestro inmediato retiro de la Sala e invitamos al sector de Izquierda a retirarse del hemiciclo, como expresión de protesta.

El señor CHADWICK.—Hay horas en que las palabras pierden su valor, en que es necesario tomar decisiones rápidas ante los hechos. Es absolutamente inconcebible que el Senado funcione, aparentando normalidad, cuando en las calles de Santiago y en todo el país se está apresando indiscriminadamente a todos los obreros, jóvenes y niños que la fuerza policial encuentra cerca de los lugares donde haya algún tumulto.

Es inconcebible que estemos sesionando como si nada pasara, cuando se hiere con balas de guerra a jóvenes y niños, cuando se mata a los obreros.

Es indispensable que el Senado ponga término a un debate que carece de sentido, porque los hechos están a nuestra vista y obligan a un pronunciamiento inmediato.

Nadie puede justificar que el Gobierno, que tiene recursos suficientes para mantener el orden, deba acudir a los disparos de los fusiles de guerra, que los esté empleando para crear un clima de terror.

No se trata de averiguar ahora quién tiene la culpa de que se haya provocado un paro general de protesta por la anunciada política que rebaja los salarios en términos reales. Estas son discusiones inoportunas que nadie podría justificar. Nuestra primera obligación es cumplir con la dignidad esencial que toda la ciudadanía reclama de esta Alta Corporación, paralizar nuestros trabajos habituales y hacer presente al Gobierno que sobre él recae la responsabilidad de lo que está ocurriendo, porque la represión es innecesaria, porque es brutal y cruel y porque es absolutamente injusta.

Nosotros, consecuentes con nuestro pensamiento, nos retiramos de la Sala para que todos los sectores del Senado que comparten nuestro planteamiento puedan hacerlo, a fin de poner término de hecho a esta sesión, que está lesionando la dignidad del Senado.

Nada más, señor Presidente.

El señor SEPULVEDA (Presidente accidental).—La Mesa anunció la suspensión de la sesión, para celebrar una reunión de Comités, según lo han solicitado los señores Senadores.

El señor BOSSAY.—Los Senadores radicales estimamos que, a esta altura del debate, se hace absolutamente innecesaria incluso la reunión de los Comités.

Sin duda alguna, los acontecimientos que están ocurriendo, no sólo en Santiago, sino en todo el país, son lo suficientemente

graves como para que suene a absolutamente falso y en desacuerdo con la realidad que está viviendo Chile, que nosotros continuemos discutiendo el proyecto sobre juntas de vecinos, que no tiene ninguna urgencia con relación a la gravedad de los hechos. Es absurdo que Chile entero sepa que estamos instalados cómodamente en una Sala, mientras en la calle hay jóvenes, estudiantes, obreros y empleados que sufren las consecuencias de la falta de locomoción y muchísimos otros problemas. Es una situación verdaderamente absurda. Ante el país, los Senadores aparecemos prácticamente encerrados en un laboratorio haciendo un experimento, al margen de la realidad chilena.

El Partido Radical solidariza con los gremios, los cuales no han tenido otras posibilidad de expresar su opinión sino por medio del movimiento que hoy se realiza en todo el país.

La nación entera le dice al señor Frei, a su Gobierno y a su partido que repudia el sistema consistente en pagar con bonos el reajuste de sueldos y salarios, y que el hombre que vive de un jornal o de un sueldo no puede aceptar esas condiciones.

El pueblo carece, en verdad, de prensa y de radio, pues son escasísimos los diarios o las radioemisoras que le brindan la posibilidad de expresarse, y, por eso, se ha visto obligado a proceder en la forma como lo ha hecho.

Perder una hora más en sesión de Comités, no es sino prolongar una farsa que atenta contra los intereses de la gente del pueblo, de quienes han salido a la calle para manifestar su opinión al Gobierno.

Lo que hoy ha hecho el pueblo no constituye sublevación; y todo lo dicho para pretender demostrar que las manifestaciones populares han tenido ese carácter, está en desacuerdo con la realidad.

Desde hace algunos meses, tanto la Central Unica de Trabajadores de Chile como la ANEF y la ANES, han estado planteando al Gobierno y a su partido, la Democracia Cristiana, que no desean un sis-

tema de reajustes como el propuesto, por cuanto tal procedimiento deja verdaderamente en la indefensión a los asalariados ante el acelerado incremento del costo de la vida.

En consecuencia, también los Senadores de estas bancas, en señal de protesta por la forma negativa con que se ha actuado ante los planteamientos de los trabajadores, procederemos a retirarnos de la Sala. Lo hacemos, asimismo, para solidarizar con los gremios que en estos momentos luchan por que el Ejecutivo comprenda la realidad que ellos viven.

El señor CONTRERAS (don Víctor).— Los Senadores comunistas, en medio de esta tempestad, hemos recibido, del mismo modo que Honorables colegas de otras colectividades políticas, una parte del charrón.

En nombre de los Senadores de mi partido, digo que no nos asustan las declaraciones formuladas esta tarde sobre la tramitación del proyecto que legaliza las juntas de vecinos. No nos preocupa el retardo que pueda producirse en el despacho de esa iniciativa legal, no obstante nuestro interés por el proyecto. No nos atemorizan esas expresiones amenazadoras, porque es en el terreno mismo y en las realizaciones que cada uno de los partidos está empeñado en conquistar, donde éstos encontrarán el respaldo y el apoyo de los trabajadores.

Ahora bien, durante la discusión del mencionado proyecto, han ocurrido acontecimientos que hacen variar la situación. Me refiero al paro nacional de hoy y a los tristes sucesos por los cuales han protestado la mayoría de los Senadores de la Oposición.

Se ha pretendido sostener que el paro tiene por finalidad obstruir la acción política y económica del Gobierno. Debo decir a quienes en Chile hablan con insistencia sobre libertad y democracia, que las instituciones democráticas no pueden ser invocadas sólo con relación a un determinado sector de la ciudadanía. A la

democracia y a la libertad deben acogerse, no sólo los personeros del Gobierno, sino también los trabajadores.

Por intermedio del señor Ministro de Hacienda, el Ejecutivo ha anunciado el envío de un proyecto sobre reajustes de sueldos y salarios. Se ha hecho gran alarde de que los reajustes otorgados por el Gobierno equivalen a la misma proporción en que se ha elevado el costo de la vida; pero ello no es efectivo, pues el año pasado se concedió 17% de aumento sólo a los trabajadores de la Administración Pública y de las empresas e instituciones estatales o semifiscales. O sea, el reajuste no se hizo extensivo a todos los asalariados del país. De allí que 1.450.000 obreros, no organizados en sindicatos, quedaron sin percibir una compensación que les hiciera posible afrontar las alzas del año pasado.

El proyecto de ley anunciado, que reajusta las remuneraciones en porcentaje igual al aumento del costo de la vida, no otorga tal compensación en el hecho, sino también en apariencia. Se propone aumentar los sueldos y salarios en 25%; pero el reajuste efectivo será de 15%, pues, según el mago de las finanzas de nuestro país, los asalariados deberán economizar 5%, en vista de la necesidad de que el ahorro respectivo se emplee en desarrollar la industria nacional.

¿Es posible que la gente modesta haga economías, ahorre 5% de su salario y los deposite en una cuenta para que tales ahorros les sean devueltos a los interesados en la hora de su muerte? Entiéndase bien que la devolución se hará cuando los ahorrantes mueran.

El señor Ministro de Hacienda, en mensaje difundido a todo el país, ha dicho que es necesario consumir menos. Yo ruego a mis Honorables colegas que no midan las necesidades ajenas comparándolas con la situación de su bolsillo; que no piensen solamente en sus ingresos sino, además, en las remuneraciones que percibe la gente modesta, la que consti-

tuye la gran mayoría en el país. ¿Es razonable pedir a esa mayoría que consuma menos?

El salario vital obrero es de 4.800 pesos; el precio de un kilo de huesos —no hablemos de la carne de lujo, del lomo y del filete—, de 6.800 pesos; el precio de los fideos, 2.200 pesos por kilo; el litro de leche cuesta 700 pesos, y un kilo de queso de la peor calidad, 12.000 pesos. En estas circunstancias, me pregunto si es posible exigir a los trabajadores que economícen, ya que un trabajador necesita dos días y medio de salario para pagar un kilo de queso.

Pero, además, se anuncia que será necesario evitar los pliegos de peticiones y, aún más, que éstos serán abolidos. Yo pregunto a mis Honorables colegas que son constitucionalistas o profesores de derecho si se ha modificado la Constitución Política y extinguido el derecho a petición en nuestro país.

No analizaré jurídicamente la situación, porque no soy abogado; pero, con lo poco que sé sobre estas materias, puedo decir que considero una monstruosidad que se hable de libertad, hermosa palabra por la cual murieron los comuneros de París. En efecto, la libertad existente es sólo de expresión. ¿Gozan de libertad, acaso, quienes viven en poblaciones callampas o en las márgenes del Mapocho? ¿Tienen ellos libertad para optar a vivir en una casa confortable? ¿Tienen libertad los obreros para elegir una ocupación bien remunerada que les permita satisfacer sus necesidades? ¿Son libres para elegir el vestuario de acuerdo con sus deseos o sus gustos? ¿Tiene libertad un asalariado para enviar a sus hijos a un colegio o escuela determinados, para que esos niños no lleven una existencia de seres vilmente explotados, como lo han sido sus padres?

Me parece que, en general, los asalariados chilenos carecen en absoluto de libertad. Gozan de libertad para morir, pero sus deudos quedarán ante un problema

aflictivo: no tendrán libertad para sepultarlo, porque cualquiera fosa en el cementerio cuesta 600.000 pesos.

¿Es posible, entonces, hablar de libertad con tanta soñtura de cuerpo?

Reconozco que existe la libertad de expresión, pero que, en cuanto a la satisfacción de necesidades materiales, no hay tal libertad.

Pienso que los trabajadores tienen pleno derecho para declarar un paro nacional como el que hoy han realizado. Sus derechos no emanan sólo del Código del Trabajo, sino también de la Carta Fundamental.

Funcionarios y Ministros han gozado de libertad para viajar a casi todos los rincones del país y conversar con los servidores públicos de todo Chile. El Ministro de Defensa Nacional viajó a Antofagasta para dar una conferencia, y el Subsecretario de Salud se reunió con todos sus subalternos del hospital de Antofagasta para decirles que no era admisible declarar un paro y que era necesario aceptar la política económica del Gobierno en cuanto al ahorro. Pienso que todos cuantos vivimos en este país tenemos el deber de conocer la realidad social y la forma como vive nuestro pueblo. El Honorable señor Aylwin nos ha dicho que ahora los campesinos ganan 6.000 pesos diarios. Le doy cuatro mil pesos de yapa o como bonificación voluntaria, pero aun así, le pregunto si un jefe de hogar, un campesino que debe atender las necesidades vitales de su familia, puede lograrlo con un salario de 10.000 pesos. No hablemos de salarios que permitan vivir; usemos más bien la palabra subsistir, porque ya en nuestro país los asalariados subsisten únicamente, pues no disponen de medios indispensables para atender sus necesidades vitales.

El Honorable señor Pablo decía que por efecto de los sucesos acaecidos hoy, apenas habían muerto dos personas.

El señor PABLO.—No dije “apenas”, señor Senador.

El señor CONTRERAS (don Víctor). —Mi Honorable colega dijo que habían muerto dos personas. Su intervención me hace recordar lo ocurrido, hace algunos años, durante unas elecciones efectuadas en México. Un estudiante escuchaba por radio las informaciones sobre dichos comicios y, una vez que se dio cuenta de los resultados, sin más, apagó el receptor. Alguien le preguntó qué había pasado, y el estudiante respondió que las elecciones no tenían especial importancia, porque dejaron apenas un saldo de treinta muertos.

Hoy han fallecido, víctimas de la represión policial, dos de nuestros conciudadanos. Son dos vidas que desaparecen, dos hogares privados de su jefe.

Mis Honorables colegas no deben cerrar los ojos ante la evidencia de que se han producido excesos. En la 13ª Comisaría, se encuentra detenido el niño Roberto Morales, de trece años. Es posible que haya cometido un desmán, pero ¿tiene discernimiento el muchacho? ¿No es más razonable que la autoridad de Carabineros llame a los padres del muchacho para recomendarles que no lo dejen salir a la calle a cometer desmanes? Es necesario un poco de criterio, el cual no falta a Carabineros. Es de interés que las autoridades administrativas dicten las órdenes correspondientes para que los hechos señalados no ocurran.

En fin, obras son amores y no buenas razones. Se nos dice que los reajustes de sueldos y salarios han alcanzado el ciento por ciento del alza del costo de la vida. Pero sucede que las estadísticas preparadas por la Dirección de Estadística y Censos dejan mucho que desear. Es materialmente imposible vivir con un salario mínimo de cuatro mil ochocientos pesos diarios o con un sueldo vital de trescientos escudos mensuales. Este último, efectuados los descuentos previsionales, queda reducido a doscientos cuarenta escudos. ¿Qué puede hacer una persona con esa suma de dinero?

Es necesario recorrer el país para darse cuenta de la tragedia que vive la población. A uno lo acosan en todas partes, por ejemplo, pidiendo el cumplimiento de la ley 16.464, que estableció la jubilación a los sesenta y cinco años de edad. La Superintendencia de Seguridad Social ha manifestado que no se ha dictado el reglamento respectivo por carecer esa ley de financiamiento. ¿Es admisible que los afectados mendiguen la caridad pública? Es necesario advertir que se trata de gente modesta, que vive en condiciones miserables. Este es un caso que debemos considerar. En la Cámara de Diputados se encuentra un proyecto de ley que concede jubilación a los sesenta años de edad para los obreros. ¡Allí duerme el sueño de los justos! No ha sido despachado. Podríamos citar muchas iniciativas legales similares sobre las cuales no se adopta resolución definitiva.

Hoy, estamos discutiendo el proyecto sobre juntas de vecinos. No nos asustan las juntas de vecinos. Participamos y seguiremos haciéndolo tanto en ellas como en todas las organizaciones de masas. Trabajaremos con quien desee hacerlo junto a nosotros; pero no sólo para hacer discursos —ya harto se ha charlado de la necesidad de ayudar al pueblo—, sino para realizar una política que tenga como finalidad resolver los problemas de los trabajadores.

Convenzámonos de que en nuestro país se pagan salarios muy bajos. Se dice que ahora los campesinos están ganando seis mil pesos diarios. Pero, ¿cuánto vale un kilo de carne, de pan, de fideos, de arroz? Por estas cifras se llega a la conclusión de que los reajustes que se han otorgado han sido insuficientes. Los Senadores comunistas estimamos que no es posible continuar por este camino. Es necesario escuchar más el clamor de la gente y ser más sensible ante los problemas de los trabajadores. Una gran masa de la población —repito— recibe salarios o sueldos extremadamente bajos, los cuales no

les permite vivir, sino escasamente subsistir.

Es indispensable que los parlamentarios vayamos a provincias a pulsar el ambiente popular. Así, conocerán las condiciones en que vive el pueblo. No se trata de ir a las diferentes zonas del país y alojarse en hoteles lujosos, o codearse con lo más granado de la sociedad. Los gobernantes deben saber que la sociedad chilena no se compone de una clase social insignificante, de un puñado de personas. Son todos los habitantes del país los que merecen nuestra ayuda, y en especial los más desvalidos, la gran masa de la población, aquellos que, en este instante, se encuentran imposibilitados, incluso, de vender su esfuerzo, su trabajo.

Termino diciendo que en las condiciones en que se ha planteado el problema, en que no se desea reconocer la existencia de violencia, no podemos contribuir con nuestra presencia a la celebración de esta reunión. Declaramos, sí, que el proyecto en debate debe ser despachado a la mayor brevedad. Pero ahora ello no es posible, aún más, si se tiene presente que en la calle están ocurriendo toda clase de atropellos en contra de la población trabajadora.

El señor PABLO.— Señor Presidente, los Senadores demócratacristianos, hoy como ayer, mantenemos una misma actitud.

Se ha manifestado que el otrora Senador Frei, cuando ocurrieron hechos semejantes, reaccionó de manera distinta al Presidente Frei, con lo cual estaría ignorando lo que ayer afirmó. Recuerdo haberme encontrado presente en el Senado cuando el Senador Frei formuló su protesta. El manifestó que el vigor policial había sido desmedido con relación a la provocación producida. Estamos llanos, hoy como ayer, a que se realice una investigación para determinar si ha existido desproporción en la represión policial.

Si un microbús protegido por un hombre de arma y que conduce a gente inocente, es asaltado, poniendo en peligro la vida o la integridad física de los pasajeros, es indudable que la represión debe ser enérgica.

Algunos señores Senadores —deploro se hayan retirado, pero diré algunas palabras para que de ellas quede constancia en las actas de la sesión— han manifestado que en El Salvador los inocentes fueron provocados por la fuerza pública. En aquella oportunidad quedó probado que se iniciaron precisamente los incidentes, porque alcanzaron a un carabinero con una bala.

Por otra parte, el Honorable señor Rodríguez nos da lecciones acerca de cómo resolver los problemas internos de nuestro partido. El señor Senador no se encuentra presente. No quiero contestarle en el mismo tono en que hizo su argumentación. Sólo deseo que sepa que en materia de organización y conducción partidaria tengo muy poco que aprender del Honorable colega. Cuando lo eligieron presidente de su partido, el socialismo tenía siete Senadores. Después, perdió a uno, el Honorable señor Tarud, y a continuación, a dos más. En este momento, se encuentra fuera del Senado un cuarto Senador socialista. A mi juicio, si continúa su brillante conducción política, el Honorable señor Rodríguez puede llegar a la unidad del socialismo, quedando él como único Senador de su partido.

También nos habló acerca del sagrado derecho a la huelga. Me agradaría saber si los socialistas —seguidores de los regímenes donde lo suprimen—, de llegar al Gobierno, serán consecuentes con esta actitud y respetarán el referido derecho.

Si sagrado es el derecho de huelga, tanto o más sagrado es defender el derecho al trabajo de quienes desean concurrir a sus labores.

El Honorable señor Bossay señaló que la política económica del Gobierno esta-

ba acabando con el poder adquisitivo de la masa, con lo cual los trabajadores no pueden disponer de un presupuesto suficiente para vivir. Esta reacción la habría esperado de cualquier sector del Senado, menos del radical, pues ellos, con sus votos, concurren estusiastamente a otorgar reajustes inferiores al alza del costo de la vida e, incluso, sin compensar este menor ingreso en capitalización, como ofrece ahora el actual Gobierno.

Ningún Gobierno puede avanzar sin ahorro, sobre todo si se trata de un país subdesarrollado. En otra oportunidad, el Partido Radical impuso un ahorro a favor de las empresas, y no de los trabajadores. En las sociedades socialistas o comunistas, el ahorro se efectúa a favor del Estado. Así sucede, por ejemplo, en Cuba.

En este país, las pensiones de jubilación fueron rebajadas enérgicamente, y también las remuneraciones. Hace pocos días, Fidel Castro —a diez años de iniciar su Gobierno— señaló que faltaban un millón de casas, las cuales no pensaba construir, aunque la gente viviera debajo de las escaleras, según sus expresiones, porque hay otras tareas que realizar. El ahorro que proponemos no favorecerá ni al sector empresario ni al Estado, sino a los trabajadores.

A mi juicio, es fundamental tener solidaridad, tanto con los que tienen empleo como con los que no lo tienen. Durante muchos años en nuestro país ha existido una cesantía muy superior a la actual, la que, algunas veces, ha sido ocultada por el empleo disfrazado. Existen estudios de las Naciones Unidas que demuestran la necesidad de capitalizar, pues de este modo se podrá dar oportunidades a todos los trabajadores. Aún más, si no deseamos traer capitales foráneos, es indispensable y lógico hacer un esfuerzo de carácter nacional.

Mi Honorable colega señor Víctor Contreras ha expresado su oposición al proyecto de reajustes. Reconozco que a su

respecto pueden señalarse diversos criterios. Pero yo muestro al señor Senador que el sistema democrático no consiste en repudiar, mediante huelgas y violencias de sectores minoritarios en la calle, una iniciativa legal aún no conocida por el país, para impedir ejercer libremente sus derechos a quienes desean adherir a la política del Gobierno. Por eso, hemos sido contrarios a toda la situación producida.

Se nos ha achacado que los Senadores demócratacristianos estamos en minoría en esta Corporación. Ello es efectivo, porque tres de nuestros colegas se encuentran fuera del país y algunos otros en la zona de la próxima elección, es decir, en las provincias de Bío-Bío, Malleco y Cautín. Otros no están presentes por haber accedido a otorgar pareos a distintos colegas, con el propósito de que pudieran concurrir a atender trabajos electorales. En estas condiciones, la crítica que se nos formula nos parece injusta.

Tampoco somos gente que nos acomodamos —como aquí se ha querido dar a entender— en alojamientos de lujo. Cuando viajamos a las provincias, conversamos con el pueblo, recorremos los campos, hablamos en las poblaciones, tomamos contacto con los dirigentes de los trabajadores. Sabemos que el pueblo tiene confianza en el actual Gobierno. Por ello, no estamos dispuestos a aceptar que una minoría no acate la voluntad de la mayoría nacional, ni tampoco que aquellos que al perder una elección no reconocieron su derrota y la atribuyeron a una supuesta presión moral ejercida sobre ellos; que aquellos que perdieron la fe en el sistema democrático de Gobierno porque saben que no llegarán al poder mediante elecciones, nos vengán a decir que estamos traicionando el régimen democrático.

Termino diciendo que nos sumaremos a la petición formulada en orden a iniciar una investigación para comprobar si efectivamente la violencia se ejerció en forma desproporcionada.

Tampoco estamos dispuestos a aceptar que se levanten voces acusadoras de aquellos que —el país tiene conciencia de ello— precisamente son los que están incitando a la violencia con el fin de crear conciencia en ese sentido, y que están pidiendo que la evolución del país siga en otro sentido.

Deploramos, sí, que el Senado, so pretexto de un hecho muy lamentable, no esté actuando en cumplimiento de su labor constitucional.

El señor Ministro de Obras Públicas concurrió a la sesión con este propósito; pero dado el tono que tomó el debate, se ausentó, dispuesto a volver cuando estuviéramos tratando lo que nos correspondía resolver en la sesión especial convocada por el Presidente del Senado para el día de hoy.

El señor SEPULVEDA (Presidente accidental).—Se suspende la sesión por veinte minutos.

—*Se suspendió a las 18.10.*

—*Se reanudó a las 19.40.*

El señor ALLENDE (Presidente). — Continúa la sesión.

Se llamará a los señores Senadores por cinco minutos para continuar con la votación del proyecto sobre juntas de vecinos.

—*Se llama por cinco minutos a los señores Senadores.*

El señor ALLENDE (Presidente). — De conformidad con el artículo 49 del Reglamento, por no haber quórum de votación, se levanta la sesión.

—*Se levantó a las 19.45.*

Dr. René Vusković Bravo,
Jefe de la Redacción.